

ticipacion de los derechos políticos. Veleyo era descendiente de un italiano que habia obtenido la ciudadanía en recompensa de su fidelidad hácia el pueblo romano en la guerra social. Este recuerdo no le cegó: «La suerte de los Italianos, dice él, fué de las más felices, como su causa era de las más justas. No pedian sino ser ciudadanos de un pueblo cuyo poder sostenian con sus armas. Obligados á dar todos los años en todas nuestras guerras un doble contingente de hombres y de caballos, ¿era posible excluirlos del derecho de ciudadanía en Roma, que les debía la cúspide de la grandeza, desde la cual despreciaba como extranjeros y bárbaros á pueblos de la misma sangre y del mismo origen?» (1). ¡Hé aquí una equidad admirable! No es esta la voz de un *retórico*, es la voz de la posteridad.

#### § VI. — Floro.

«Se conoce que Floro es un romano del Imperio que poetiza sobre los bellos tiempos de la República; su libro da á conocer á Roma como una oracion fúnebre da á conocer á un héroe» (2). Este juicio de un gran crítico pudiera hacer creer que Floro está siempre presto á admirar y á glorificar las acciones del pueblo romano; sin embargo, este compilador se muestra más justo y ve más claro que los más grandes historiadores de Roma.

Cuando Floro escribe estas bellas palabras, «que no hay verdadera victoria, sino la que se obtiene sin violar la buena fe y sin intentar contra el honor» (3), se pudiera suponer que, bajo la forma de una máxima general, quiere hacer el elogio de los Romanos. Pero no es así: es una regla, á la que el historiador se mantiene fiel en sus apreciaciones sobre la política romana. Las relaciones de Roma con Cartago son como la piedra de toque, en la que se puede reconocer la imparcialidad de los autores latinos. Flo-

(1) VELLEJ., II, 15.

(2) VILLEMMAIN.—Compárese á BAEHR, *Geschichte der röm. Liter.*, § 245, nota 3.

(3) FLORO, I, 12.

ro nota que en la primera guerra Roma tomó las armas con pretexto de socorrer á sus aliados, pero, en realidad, movida por la conquista de la Sicilia. Pone de manifiesto el ódio implacable de Caton el Censor; trata de bárbara la orden dada á los Cartagineses de abandonar su territorio, y emplea toda la pompa de su estilo para describir su admirable defensa (1).

La destruccion de Cartago fué seguida de la de Corinto. Floro censura el odioso abuso de la fuerza, de que se hizo culpable el Senado: «esta ciudad ¡oh crimen! fué destruida ántes que hubiera sido legalmente declarada enemiga» (2). Se suceden las ruinas con espantosa rapidez. Numancia cae bajo los golpes del destructor de Cartago. Patérculo, como soldado que es, se regocija casi de la destruccion de la heroica ciudad española: expió, dice, la vergüenza de nuestros reveses. Floro se extraña de las causas que dieron lugar á las hostilidades; no duda en declarar que «jamás hubo guerra promovida por causa más injusta que la de Numancia» (3).

«El último siglo de la República, dice Floro, fué un siglo de hierro, de sangre, y, peor aún si es posible.» No hubo guerra que tuviera una causa legítima. ¿Por qué llevó Roma sus armas á la isla de Creta? «Si queremos decir la verdad, responde el historiador, hemos hecho la guerra por el solo deseo de vencer á esta isla célebre.» ¿Por qué hizo Roma la guerra á los Partos? «Si el pueblo romano, dice Floro, recibió una herida cruel de mano de los Partos, no podemos quejarnos de la fortuna: este consuelo falta á nuestra desgracia. La codicia del cónsul Craso que, á pesar de los dioses y de los hombres, queria saciarse con el oro de los Partos, fué castigada con la matanza de doce legiones y con la pérdida de su propia vida.» Antonio, á su vez, «cayó sobre los Partos, sin objeto, sin apariencia aún de declaracion de guerra, como si el fraude entrara en la táctica de un general» (4).

Estas apreciaciones no se parecen á un panegírico. La equidad y el buen sentido que Floro muestra en sus juicios sobre las guer-

(1) FLORO., II, 2; II, 15.

(2) IBID., II, 16.

(3) VELLEJ. PATERC., II, 4.—FLORO, II, 18.

(4) FLORO, II, 19, 8, 12, 10.



ras extranjeras, no le abandonan sino cuando habla de la insurrección de los esclavos y de los gladiadores. La esclavitud, este crimen de la antigüedad, corrompió el corazón y la razón de los hombres libres. Floro se ruboriza al contar la lucha del pueblo rey con los esclavos « que la justicia hubiera debido detener en su huida y devolver á sus dueños »; se regocija de que su vencedor se contentara con la ovación, para no envilecer la dignidad del triunfo con la inscripción de semejante victoria. Se diría que el historiador anda en busca de expresiones insultantes que respondan al desprecio que experimenta hacia estos seres degradados. Su indignación no tiene límites cuando llega á la guerra de Espartaco. « Quizás se soportaría aún la vergüenza de haber tomado las armas contra los esclavos; porque si la fortuna los ha tratado mal, *son, al menos, como una segunda especie de hombres*; pero ¿ qué nombre puede darse á la guerra que encendió Espartaco? Yo no lo sé. Se vió combatir á los esclavos y mandar á los gladiadores; los primeros nacidos en una condición ínfima, los segundos condenados á la peor de todas: estos extraños enemigos añadieron al desastre el ridículo » (1). Es difícil llevar más lejos el desden de la naturaleza humana. Pero el día de la venganza se aproxima.

*«Shal he expire  
And unavenged? — Arise, ye Goths, and glut your ire»* (2).

Los Bárbaros se cansan de matarse para placer del pueblo romano; se levantan en masa, destronan al pueblo rey y le prodigan á su vez el insulto y el ultraje.

### § VII. — Valerio Máximo.

Valerio Máximo ha escrito un elogio de la humanidad que honra sus sentimientos: « Penetra hasta en las almas feroces de los Bárbaros; dulcifica las furiosas y crueles miradas de un ene-

(1) FLORO, III, 20 y 21.

(2) BYRON, *Child Harold's pilgrimage*, IV, 141.

migo; aplaca el orgullo insolente de la victoria; se abre sin obstáculo, sin esfuerzo, paso libre al través de las armas amenazadoras, al través de las espadas desnudas y ya levantadas; triunfa de la cólera; aterra al odio; mezcla con la sangre de un enemigo las lágrimas de su enemigo. Es la que arranca á un Aníbal la orden admirable de tributar á los cónsules romanos los honores de la sepultura » (1).

Muchas enseñanzas encierran estas palabras de un compilador. ¿ Quién de nosotros no se ha hecho ilusiones acerca de las virtudes de los Griegos y los Romanos? Desde nuestra infancia nos los representan como seres especiales, heroicos, nobles, generosos. Si observamos de cerca estas virtudes, nos asombraremos al ver cuán por cima del heroísmo antiguo se halla la moralidad moderna. Aníbal tributa los últimos honores á Metelo. ¡ Hé aquí una acción que la antigüedad juzga admirable! En efecto, tenía lugar no lejos del tiempo en que se arrojaban los cuerpos de los enemigos á los perros devoradores. ¡ Niéguese despues de esto que nuestros sentimientos se perfeccionan tanto como nuestras ciencias y artes!

Citemos un ejemplo más de la humanidad romana. « Syphax murió siendo prisionero nuestro en Tibur. El Senado hizo celebrar sus funerales á costa del Tesoro público: le había concedido la vida, quiso también honrar su muerte. La misma clemencia tuvo hacia Perseo. Informado de que este rey acababa de morir en su prisión de Alba, el Senado envió un cuestor para tributarle las honras fúnebres á expensas de la República: no pudo consentir que los reales despojos fuesen privados de los honores de la tumba » (2).

En verdad que el elogio se parece al escarnio. El Senado se hace culpable del más cruel abuso de la victoria; trata como criminales á los reyes vencidos, les hace morir de una muerte lenta en las prisiones, y ¡ se digna despues enterrarlos! ¡ Magnífica clemencia! Respetemos, sin embargo, el sentimiento que inspira á Valerio Máximo: es un gérmen que producirá sus frutos en un

(1) VALER. MAX., V, 1, *ext.* 6, *Cf.* V, 1, 2.

(2) *IBID.*, V, I, 1.



suelo mejor preparado. Una vez que la humanidad se ha hecho lugar á través de la barbarie, prosigue sus esfuerzos hasta que domina en las relaciones de los hombres y de los pueblos.

### § VIII. — Justino. La primera idea de la paz perpétua.

Los poetas latinos saludaron en el Imperio el advenimiento de una nueva edad de oro. Esta misma idea se encuentra, bajo forma más positiva, en los historiadores. Tácito dice que la paz del mundo depende de la dominación romana. Escritores de orden inferior mezclaron con un pensamiento verdadero sueños tomados de la poesía. Hablando de los Escitas, Justino hace el voto de que todas las naciones se parezcan á este pueblo de justos: «No se verían, dice, tantas guerras á través de todos los siglos en el universo entero; los combates y el hierro arrebatarían ménos hombres que la ley de la naturaleza. ¡Admirable espectáculo el de un pueblo que posee intintivamente virtudes, que ni las doctrinas de los sabios ni las máximas de los filósofos han podido dar á la Grecia! Sus costumbres incultas son superiores á nuestra civilización» (1). Los antiguos no echaban de ver que trastornaban el orden natural de las cosas, que los vicios no son un producto del estado social, que la perfidia, la violencia y todas las malas pasiones se encuentran mejor en la pretendida edad de oro, ó en lo que los filósofos del último siglo llaman el estado de la naturaleza: la verdadera virtud no existe sino en el estado de sociedad.

Lo que no era en Justino sino un piadoso deseo estuvo cerca de realizarse bajo el emperador Probo, si hemos de creer á su biógrafo. Probo triunfó de todos los enemigos de Roma; aunque general afortunado, pensó en asegurar la dicha del género humano haciéndole gozar de una paz universal (2). Tuvo la imprudencia de decir públicamente que los soldados serían bien pronto inútiles si hacía á la República tan feliz como esperaba. Estas pala-

(1) JUSTIN., II, 2.

(2) VOPISCUS., *Florian.*, c. 3.—GIBBON, c. 12.

bras, que le costaron la vida, son el único testimonio que nos queda de las esperanzas filantrópicas del emperador. Su historiador las mezcla con los sueños de la edad de oro, que desarrolla en un estilo declamatorio: «No se fabricarán ya armas, los bueyes se destinarán al arado, el caballo no conocerá ya combates. No habrá ya guerras, ni prisioneros. Será el reinado universal de la paz, de las leyes romanas y de nuestros magistrados.» Si el emperador hubiera podido realizar sus proyectos, añade el historiador, «no se verían ya campamentos, ni se oiría la trompeta guerrera. Este pueblo de combatientes, que turba hoy la república con las guerras civiles, cultivaría la tierra, se dedicaría al estudio, á las artes, á la navegación; nadie perecería en los combates» (1).

Hagamos abstracción de la palabrería del escritor, y consideremos el lado serio de estas alucinaciones de un mundo que espira. En vísperas de la caída del Imperio y de la invasión de los Bárbaros, un emperador concibe la idea de una paz perpétua, y su oscuro biógrafo echa de ménos la edad de oro que Probo hubiera hecho reinar si los dioses no le hubieran arrebatado de la tierra. Así, el ideal nunca abandona á la humanidad; los hombres esperan siempre un porvenir mejor. ¿Y Dios les habría dado estas altas aspiraciones como un sueño? Oímos todos los días á los hombres prácticos mofarse de los partidarios de la doctrina del progreso y tratarlos de soñadores y de utopistas. Les responderemos que el ideal no es una utopía: el ideal se realiza en los límites de la imperfección humana. Los que lo niegan no prueban más que una cosa, y es que ignoran la historia. Para enseñársela llamamos la atención sobre el inmenso progreso que el género humano ha realizado desde la antigüedad, no sólo en el orden material, sino en el dominio de la inteligencia y de los sentimientos. No hay, hasta la idea de la paz perpétua, que hallamos por primera vez en nuestros *Estudios*, nada que no esté destinado á traducirse en hecho, y aquella lo está ya, en el sentido de que, á la inversa de los antiguos, los pueblos modernos se sienten unidos por el vínculo de la fraternidad y consideran la paz como la condición natural de sus relaciones.

(1) VOPISCUS., *Prob.*, c. 20, 21, 23.